



EL CHIMBORAZO.

Un artista ha dicho: «El que no ha visto las montañas de primer orden no puede formar idea de sus dorados y magníficos colores, que brillan sobre nuestras cabezas. A veces advertimos únicamente por ellos esas enormes desigualdades del globo. Engañados en el cálculo de las elevaciones y de las distancias, confundiríamos aquellos montes con otros mas pequeños, si esa especie de resplandor celeste no nos anunciase que sus cimas se pierden en otras regiones mas altas.»

Tal es el aspecto del Chimborazo; pero son tan esternas las líneas que dibujan sus vastos contornos en el horizonte, que no pueden aplicársele con exactitud las palabras de Milbert. El ilustre viajero que lo ha señalado á la admiración de la Europa, ha exclamado con poético entusiasmo: «Se eleva sobre toda la cadena de los Andes, como la cúpula majestuosa de Miguel Angel sobre los monumentos antiguos que rodean al Capitolio.»

El Chimborazo, con sus 20,000 piés de elevación, ha sido considerado durante largo tiempo como digno del primer puesto en la orografía de los Andes. Humboldt creyó que habia subido á la cima mas alta del mundo; pero mucho despues que él, Dhawalaghiri, gigante de los montes de Himalaya, llegó á conquistar un triunfo que los cálculos científicos le aseguran mas y mas cada dia: quedó probado que aun en el sistema de los Andes, el Chimborazo solo ocupa un lugar secundario.

Si las operaciones trigonométricas, concluidas en 1848, han demostrado que el pico de la Himalaya tiene definitivamente 26,458 piés de elevación; si Lloyd y Gérard sospechan que hacia el *Kuen-Lun*, ó el *Kailash*, lagos sagrados del Thibet septentrional, puede haber cimas de 4,354 á 4,890 toesas, se sabe al menos positivamente que en el Nuevo Mundo, el Pomarepa, el Gaulteiri, el Parinaocta y el Sahama, situados al Este de Africa, son mas altos que el Chimborazo. El Sahama tiene 20,974 piés, y el Aconcagua, de Chile, 22,451.

El nombre de la montaña, cuya vista reproducimos en nuestro grabado, es compuesto, y segun Humboldt significa en el antiguo idioma de Quito, *Nieve de Chimbo*, y si nos atenemos á los recuerdos de D. Juan de Velasco, Chimbo formaba parte de los trece estados del Sur, bajo la dominación de los Siris. Muchas tribus recorrian las abrasadas regiones que se extienden al pié de la montaña, y tambien ocupaban sus laderas mas templadas. Tales eran los *Asancaicos*, los *Chapachos*, los *Guanajas* y los *Guarandas*.

Todas estas naciones habian desaparecido, cuando el mas célebre viajero de nuestra época quiso hacer que constasen científicamente en 1802, los fenómenos que presentaba una ascension á la cima de la alta montaña, cuyo aspecto fué el primero en reproducir. «Llegamos, dice, á una arista estrecha, en medio de las nieves, sobre la pendiente meridional de la montaña, y lleváhamos instrumentos. Aquel punto parecia mas elevado que todos los demás del lomo del monte, y mas tambien que la cima del monte Blanco.»

Dos años despues, un sabio boliviano, D. Francisco José de Caldas, visitó las regiones dominadas por el Chimborazo: en sus descripciones animadas, en sus exactas reflexiones publicadas por el *Semanario de Santa Fé*, es donde deben estudiarse aquellos montes y estudiar las costumbres de los pobres indios. El coronel Acosta reimprimió esta obra en 1849 con el objeto de que no se perdiese un fiel relato de las supersticiones indianas que habitaron aquellas comarcas. Si se observan, por ejemplo, montones de piedras al pié de varias cruces colocadas en la base de los picachos principales, el viajero debe saber que son otras tantas señales de los sacrificios ofrecidos por los indigenas á los dioses de sus padres, para conjurar de los sitios en que habitan las terribles *neradas*, esos meteoros cuyo furor se manifiesta durante los meses de junio, julio y agosto. Pero estos sacrificios no eran tan inocentes como

los que los mismos indígenas dirigían al dios personificado bajo el nombre de Cerro. Caidas habla de la caverna de *Guaya Suma*, situada en aquella parte de los Andes, donde, según las antiguas creencias, aparecían las almas de los incas. A principios del siglo dichos sacrificios eran horribles, y se acusó á más de un indio por haber ofrecido en holocausto niños recién nacidos, sin que los esfuerzos de los sacerdotes de la credulidad consiguieran apartarlos de tan bárbara costumbre.

Los diseños y documentos en que Francisco de Caldas apoyaba sus preciosas observaciones, desaparecieron, y el infortunado viajero, víctima de las disensiones políticas de su país, pereció en el cadalso en 1816, antes de dar la última mano á sus útiles trabajos. Mr. Bous-singault los completó, pues no quiso volver de América sin visitar el gigantesco monte, que en aquella época pasaba por ser el más elevado de la cordillera. Subió á él dos veces; su primera ascensión, emprendida por un camino fácil en apariencia, pero erizado de obstáculos insuperables, no tuvo resultados; la segunda, por el contrario, se vió coronada de un éxito feliz, por haberla efectuado por la parte que da frente al *Arenal*, esto es, por el camino que había elegido antes Mr. de Humboldt. Acompañaban al observador dos personas, el coronel Hall y un negro; todos guardaban profundo silencio, y al fin llegaron al pie de un prisma, cuya base superior, cubierta de una cúpula de nieve, forma la cima del Chimborazo.

Allí se detuvieron sus pasos. Las últimas ascensiones científicas emprendidas al Chimborazo son las de Mr. Julio Rouvier, cónsul francés en Quito. Las notas manuscritas de este viajero ofrecen varios pormenores descriptivos de la montaña y de los seres que la pueblan. Entre otros hechos curiosos, declara el naturalista que únicamente los toros se elevan hasta el último punto en que encuentran vegetación, siguiendo después de ellos los ciervos. Entre las aves, el condor y el pájaro mosca son los que mas se aproximan á la cresta de la montaña.

TEATRO DE GUILLEN DE CASTRO.

A los principios del siglo XVII y á la primera época del engrandecimiento de nuestro teatro nacional, á influjo de la fecunda vena del gran Lope, corresponde tambien D. GUILLEN DE CASTRO, no como discípulo á imitador suyo, sino mas bien como uno de aquellos ingenios privilegiados que por sus dotes propias de espontaneidad, de inspiración y estudio, estuvieron en el caso, si no de disputarle la palma escénica, por lo menos de luchar con él arosamente y de merecer sus propios aplausos y los del público.

Varios son los escritores de aquella época cuyo nombre y cuyas obras nos ha transmitido la tradición ó la imprenta: Cervantes, en el prólogo á sus comedias (publicadas en 1613) los enumera y califica de este modo. «Entró luego el monstruo de la naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica; avasalló y puso debajo de su jurisdicción á todos los fantasmas: llenó el mundo de comedias propias, felices y bien razonadas, y tantas que pagan de diez mil pliegos los que tiene escritos... y si algunos (que hay muchos) han querido entrar á la parte y gloria de sus trabajos, todos juntos no llegan con lo que han escrito á la mitad de lo que él solo; pero no por esto (pues no lo concede Dios todo á todos) dejen de tenerse en precio los trabajos del doctor Ramon, que fueron los más después de los del gran Lope. Eatinense las traxas artificiosas en todo estramo del licenciado Miguel Sanchez: la gravedad del doctor Mirademesca, honra singular de nuestra nación: la discreción é innumerables conceptos del canónigo Tárrega: la sencillez y cultura de D. GUILLEN DE CASTRO: la agudeza de Aguilar: el rumbo, el tropel, el boato y la grandeza de las comedias de Luis Velez de Guevara; y las que ahora están en agerza del agudo ingenio de D. Antonio de Galarza, y las que promuevan las fallerías de amor de Gaspar de Avila; que todos estos, y otros algunos han ayudado á llevar esta gran máquina al gran Lope.»

Estos son los autores citados por Cervantes, que, según él, comparó la fama escénica en los primeros años del siglo XVII, y cuenta que se le olvidaron otros muchos, como veremos después.

El famoso representante y escritor Agustín de Roxas, en su *Fineza entremesa* (publicada en 1605), había dejado ya consignada la historia de la marcha del teatro español desde su origen hasta aquella época, en la célebre (en tantas veces citada que empieza: *Aunque el principal enteno*; y después de hablar de los teatros antiguos y del nuestro desde Lope de Rueda, cita los autores que le siguieron hasta Juan de la Cueva, y luego á Viries, Artieda, Argensola, Morales, Pedro y Alonso Diaz, y Cervantes (todas anteriores á Lope de Vega), hasta que después del obligado elogio de este, señala como sus contemporáneos y competidores al divino Miguel Sanchez, al Jurado de Toledo, al canónigo Tárrega, Micer de Artieda, Aguilar, el licenciado Ramon, Justiniano, Ochoa, Cepeda, el licenciado Maria, D. Diego de Vera, Mirademesca, D. GUILLEN DE CASTRO, Lidán, D. Félix de

Herrera, Valdivielso, Arrendarez, Donia Selustio del Poyo, Carraval y Claramonte; de pocos de los cuales son hoy conocidas las obras, y solo el nombre queda consignado en esta apasionada relación y curioso romance.

Ultimamente, el doctor Antonio Navarro, canónigo magistral de Villafraña, y predicador de mucha fama en Madrid, en un discurso que por aquel tiempo escribió á favor de las comedias, trazó este curioso bosquejo de los autores que por entonces figuraban en la escena, que hoy sirve de dato el mas precioso, aunque poco conocido, para la historia del teatro en aquel fecundo siglo.

«El licenciado Pedro Diaz, juriscónsul, que fué de los primeros que pusieron las comedias en estilo; el licenciado Cepeda; el licenciado Poyo, sacerdote; el licenciado Berrio, casigo fetrado y tan conocido de la Cueva, tan docto y tan celebrado como sabemos de todos los ingenios de España; el licenciado Miguel Sanchez, secretario del Ilmo. de Coenca; el maestro Valdivielso, capellan del Ilmo. de Toledo y cura de San Torcaz; el doctor Vera, cura y beneficiado en Toledo; Lupericio Lupericio de Argensola, secretario de la emperatriz, y después del rey de Nápoles; el licenciado Martin Chacón, familiar del Santo Oficio; el doctor Tárrega, canónigo del Aseo de Valencia; y Gaspar Aguilar, secretario del duque de Gandia; Juan de Queros, jurado de Toledo y su alcalde de Sacas; D. GUILLEN DE CASTRO, capitán del Grao de Valencia; D. Diego Ximenez de Enciso, caballero de Sevilla; Hipólito de Vegara; el maestro Ramon, sacerdote; el licenciado Justiniano; Don Gonzalo de Monroy, regidor de Salamanca; el doctor Mirademesca, capellan de los reyes de Granada; el licenciado Mexia de la Cordera, secretario de la chancillería de Valladolid; el licenciado Navarro, colegial en Salamanca; D. Francisco Quevedo Villegas, caballero de la orden de Santiago y señor de la villa de Torne de Juan Abad; Luis Velez de Guevara, gentil-hombre del conde de Saldaña; D. Luis de Gomez, prebendado de la santa iglesia de Córdoba; y Lope de Vega Carpio, secretario del duque de Alba y del conde de Lemos.»

De todas estas noticias de autores contemporáneos y competidores de Lope, citados por Cervantes, Roxas y Navarro, apenas conocemos hoy mas que el nombre de algunos, y alguna otra comedia de otros, como las de Argensola, Cueva, Miguel Sanchez, Tárrega y Aguilar; pero (todos ellos pueden ser considerados como anteriores al teatro de Lope y del siglo XVII, y por tanto no entran en nuestro plan.—Quedan pues, para él, de aquella serie de nombres, solo tres, que van al frente de un cierto número de comedias conocidas, y que forman, puede decirse, un repertorio.—Tales son Velez de Guevara, GUILLEN DE CASTRO y Mirademesca.—En el artículo anterior nos ocupamos del primero, hoy toca el turno al segundo, y en el próximo trataremos de tercero de estos celebrados autores.

Aun antes, como queda dicho, que el inmortal é incomparable Lope se alzase con el cetro del teatro español, distinguíase entre los muchos ingenios notables que le cultivaban, y que quedan citados, los ingenios valencianos y aragoneses, en cuyas bytes puede decirse que había nacido el germen de la moderna poesia. Juan de Timoneda, Alonso de la Vega, los hermanos Argensolas, el capitán Viries, Micer Roy de Artieda, Marco Antonio Orri, Alonso Maluenda, Vicente Esquerdo, y Felipe Mey, que publicó además como librero la obra en cinco tomos, hoy rarísima, titulada *Jurida de comedias de poetas valencianos* (Valencia, 1585), y por último, el canónigo Tárrega, Gaspar de Aguilar, Ricardo Turriá y D. GUILLEN DE CASTRO, cuyas obras dramáticas, recopiladas en dos tomos ó partes en cuarto, fueron impresas en Valencia en 1608-1610 bajo el título de *Entremeses poetas valencianos, comedias famosas de cuatro partes naturales de Valencia*, prueban suficientemente el asombroso movimiento dramático que se desarrolló en las orillas del Turia en el siglo XVI y llegó á su apogeo en los primeros años del XVII.—Muchas de aquellos nombres poéticos han llegado hasta nosotros con su correspondiente aureola de gloria; varias de sus notables composiciones dramáticas nos ha transmitido la imprenta y han quedado consignadas en el aprecio de los literatos y críticos; pocas, sin embargo, han podido resistir al trascuro de los tiempos y á las alteraciones del gusto, y vincular en la escena, donde en su tiempo obtuvieron tan singulares aplausos.—Ni los dramas trágicos de Viries y Argensola, ni las sin duda apreciables comedias de Tárrega, Aguilar, y algun otro que aun conocemos, pudieron confiadamente representarse hoy ante un público que no fuera muy escogido y académico.—D. GUILLEN DE CASTRO es el único autor cómico de aquella época y de aquella escuela, que ofrece en su repertorio dramas suficientemente ingeniosos y poéticos, y que reclama un lugar señalado en el teatro nacional.—El catálogo que hemos podido formar, y que va á continuación, de los títulos de sus obras dramáticas, da á conocer su fecundidad y varia aplicación; y la lectura de ellas excitaria sin duda la estimación de una justa crítica y el aplauso debido á aquel sutil ingenio. La desidia; empero, de nuestros editores y libreros, hacen hoy estremamente difícil aquel estudio, por la rareza suma de los ejemplares.

res impresos de las comedias de GUILLEN DE CASTRO, no solamente de las dos partes ó tomos que fueron publicadas en Valencia (1631-1633), sino aun de las comedias sueltas, que sin duda debieron reimprimirse, y de que apenas se halla hoy un solo ejemplar. El señor Ochoa en su precioso *Tesoro del teatro español*, publicado en París en 1840, dió lugar en el *Apéndice á los Orígenes del teatro español* escritos por Don Leandro Fernandez de Moratin, á la comedia de GUILLEN DE CASTRO titulada *Los mal casados de Valencia*; aunque dicha comedia no vale seguramente gran cosa, y creemos que pudiera haber hallado otras mas apreciables en el repertorio de este autor.

Una, ó por mejor decir dos de aquellas, salvando el trascurso de los tiempos y el desden de sus compatriotas, han asegurado la fama de D. GUILLEN DE CASTRO, y colocado su nombre á una grande altura, no solo entre nosotros, sino en los países extranjeros. Ya se conocerá que hablamos de las dos célebres comedias tituladas *Las mocedades del Cid*, primera y segunda parte, que imitadas luego por el gran Corneille, dieron motivo á este padre de la tragedia moderna, á una de las mejores obras de su admirable repertorio, debiendo de este modo á la España el teatro trágico francés su verdadero origen, así como la comedia clásica le habria debido su nacimiento con el *Menteur*, de Molière, lastimada de *La verdad sospechosa* de nuestro Alarcon.

El análisis y comparacion de la tragedia de Corneille con las comedias de GUILLEN DE CASTRO, seria muy oportuno aqui, si no hubiera ya sido hecho y repetido por plumas tan autorizadas como la del mismo Voltaire (que confiesa y reconoce que todas las bellezas de aquella se encuentran en estas), de Bateux, de Laharpe, de Signoroli, de Simondi, de Buterbach y otros críticos extranjeros, y entre los nuestros, todos los que se han ocupado de la historia del teatro. Por eso, y atendidas tambien nuestras débiles fuerzas, renunciámos gustosos á esta tarea, y solo cumpliremos nuestro propósito al tomar la pluma hoy para señalar el teatro de GUILLEN DE CASTRO, llamando la atención de estos mismos críticos sobre la injusticia que envuelve su desden hacia el estudio de un autor, que, segun confesion unánime, supo en una ocasion levantar tan alto su renombre, y que sin duda encierra en su variado repertorio obras de belleza poética, de instrucción y de buen gusto. Con este mismo objeto damos aqui el catálogo de las comedias que son atribuidas á GUILLEN DE CASTRO, y nos atreveremos á escelir el conocido celo y la ilustracion de los coleccionadores de la *Biblioteca de Autores Españoles*, á fin de que diesen un lugar conveniente en ella á este notable y casi desconocido poeta, de cuya vida tampoco conocemos mas circunstancias que las que se deducen de los trozos que áribá dejamos trascritos: esto es, que fué natural de Valencia, y capitán del puerto del Gran, sin que sepamos á punto fijo la fecha de su nacimiento ni la de su muerte.

R. DE M. ROMANOS.

COMEDIAS

ATRIBUIDAS Á D. GUILLEN DE CASTRO.

Allá van leyes do quieren reyes.
Amor (el) constante.
Caballero (el) bobo.
Conde (el) de Irlos.
Conde (el) Alarcos.
Cuánto se estima el honor.
Curioso (el) impertinente.
Desengaño (el) dichoso.
Dón Quijote de la Mancha.
Dónde no está su dueño está su dolo.
Dido y Eneas.
Degollacion (la) de San Juan Bautista.
Encamorado (el) mudo, ó Caballero mudo.
Engañarse engañando.
Enemigos (los) hermanos.
Fuerza (la) de la sangre.
Fuerza (la) de la costumbre.
Hazañas (las) del Cid. Segunda parte de *Las mocedades*.
Hijo (el) obediente.
Humildad (la) soberbia.
Ingratitud por amor.
Justicia (la) en la piedad.
Maravillas (las) de Babilonia.
Mal (los) casados de Valencia.
Mejor (el) esposo, San José.
Manzana (la) de la discordia.
Margarita (la) preciosa.
Mártires (los) de Córdoba.
Mocedades (las) del Cid.
Nacimiento (el) de Montesinas.

Narciso (el) á su opinion.
Nieta (el) de su padre.
Pagar en propia moneda.
Perfecto (el) caballero.
Piedad (la) en la justicia.
Pretender con pobreza.
Prodigio (el) de los montes.
Progue y Fátomena.
Primero el rey que el honor.
Quien no cae no se levanta.
Turno vencido.
Verdad (la) averiguada y engañoso casamiento.
Vicio (el) en los extremos.

ABD-EL-KADER-BEN-SALAH.

Tentativa de asesinato.

Apenas habia comenzado el alba á iluminar el horizonte, el dia 2 de abril de 1848, cuando salieron de su tienda dos árabes y fuéronse poco á poco alejando del aduar de Guérouau, de que su tienda formaba parte. Los dos árabes eran Abd-el-Kader-Ben-Salah y su esposa, la jóven Fathma, que aun no habia cumplido diez y seis años, á pesar de estar casada desde el de 1844; pero ya se sabe que en la Argelia, como en la mayor parte de las regiones orientales, las mugeres llegan á la edad núbil á los nueve ó diez años, y envejecen á los veinte y cinco ó treinta.

El objeto aparente de aquella salida era un viaje al aduar Haluya distante pocas leguas del de Guérouau. El dia antes Ben-Salah habia obtenido de su suegra el permiso de que Fathma le acompañase á una visita que queria hacer á uno de sus parientes, que vivia en Haluya, y á quien, segun decia, queria pedir algun socorro, porque era tal la miseria en que se hallaba el matrimonio, que hacia diez dias que Fathma no se alimentaba sino de alcachofas silvestres.

Ya llevaban tres cuartos de hora de camino, cuando Ben-Salah tomó una senda cruzada y dijo á su muger que lo siguiera; á poco rato se sentaron ambos al pié de unas zarzas.

Ben-Salah era un hombre de veinte y ocho años, y un tipo árabe en toda su pureza y toda su energia.

Fathma, que cómo hemos dicho no habia cumplido diez y seis años, aunque no podia llamarse hermosa, no dejaba de tener atractivos en su fisonomía. Sus pequeños ojos negros llenos de viveza y fuego y sombreados por mas rejas negras bien arqueadas, su boca algo grande rodeada de unos labios gruesos, pero que al entreabrirse dejaban ver una dentadura admirable; su frente alta é inteligente, su color algo oscuro; y por último, sus brazos perfectamente torneados y marcados con tinta azul hacia la parte de la muñeca; componian un conjunto interesante.

Despues que se sentaron tomó Ben-Salah la palabra.

—Bien lo ves Fathma, dijo; carecemos de todo. No nos queda ni riqueza ni techo que nos cobije, pues hasta he tenido que vender la tienda.

—Dios y el profeta se apiadarán de nosotros, contestó Fathma con dulzura.

—Así lo espero, repuso Ben-Salah; pero de todos modos tenemos que llevar una vida errante por ahora.

—¿Qué quieres decir con eso? preguntó Fathma algo alarmada.

—Quiero decir que voy al Oriente, y deseo que me acompañes.

—Imposible! replicó Fathma.

—¡Es preciso! contestó su marido con una sombría resolucion.

—Yo no puedo dejar á mi madre abandonada.

—Digo que es preciso que nos vayamos, repitió Ben-Salah.

—Véte tú si quieres... eres libre; pero yo no puedo separarme de mi madre... me quedaré en Guérouau.

—¿Has olvidado que estás hablando con tu señor? exclamó Ben-Salah colérico. Vendrás conmigo, Fathma.

—Nunca, replicó la jóven.

—Digo que has de venir conmigo, y si no vienes de grado, te llevaré por fuerza. ¿La entiendes, Fathma?

—Lo entiendo muy bien; pero te advierto que si quieres llevarme á la fuerza, me pondré bajo la protección del primer francés que encontremos.

Al escuchar estas palabras de su esposa, Ben-Salah se levantó ciego de furor.

—Es así como quieres cumplir tus deberes de esposa y de musulmana? gritó. Hace tiempo que sospecho tus manejos... hace tiempo que sé que prefieres esos franceses á mí... pero ha llegado el momento en que esto tenga un término.

Conforme hablaba crecia su exasperacion, y por último, rogó con

una mano á su muger por el cuello, y con la otra tiró de su *vestrah*.
 A la vista del arma, la desdichada Fathma empezó á temblar.
 — ¡Piedad! gritó deshecha en llanto.
 — ¡No! le replicó furioso Ben-Salah. No hay piedad para la esposa desobediente y sin duda infiel...

— ¡Déjame á lo menos que roce mi última oración! dijo la pobre niña.

Pero Ben-Salah no escuchó las súplicas de Fathma, sino que empezó á descargar sobre ella golpes de la mas odiosa barbarie. Del primer tajo, dirigiólo á la cabeza, la derribó á sus piés, y en seguida la hi-



rió en la nuca, no ballando límites á su furor. La desdichada víctima recibió en todo su cuerpo mil heridas que en vano procuraba parar con sus brazos destruidos.

Sin embargo, en medio de aquella horrorosa escena, Fathma conservó una presencia de ánimo admirable; y comprendiendo que su verdugo no cesaría de herirla hasta que la juzgase muerta, no volvió á hacer movimiento alguno, ni á tratar de huir los golpes.

El asesino entonces hundió su cuchillo en el cuello de su esposa... y cuando vio el torrente de sangre que brotaba de aquella última herida, creyendo que ya de su cuerpo se había separado toda vitalidad, la desnudó y la arrojó á un zarzal.

Limpio después su *vestrah*, echó algunas brozas sobre el cuerpo enteramente desnudo de su víctima, con objeto de ocultarla á las miradas de los transeúntes, y llevándose la ropa de Fathma, se alejó aquel miserable con la convicción de que su muger no respiraba ya, y de que el crimen, cuyo solo testigo había sido Dios, quedaría impune sobre la tierra.

Pero muy lejos de suceder así, Fathma no solo no estaba muerta, sino que no había perdido un instante su conocimiento.

Esperó á que su marido estuviese bastante lejos para salir, sin que él la viese, de entre las matas que la cubrían y del zarzal en que se había arrojado. Entonces arrastrándose y valiéndose de piés y manos llegó hasta el camino, y á pesar de su estremada debilidad por la sangre que corría de sus heridas, tuvo bastantes fuerzas para implorar el socorro de un europeo que pasaba.

Viendo este á la infeliz criatura, no tuvo valor para detenerse, bien horrorizado por aquel espectáculo, ó temiendo que fuese un lazo que le tendían.

A los pocos minutos apareció un árabe en el camino, y acudiendo á los gritos de Fathma, la cubrió con su albornoz y la llevó á la choza de su madre, á quien contó cuanto acababa de suceder.

No tardó la justicia en tener conocimiento de este horroroso crimen, é inmediatamente dispuso que se hicieran las investigaciones necesarias, y estas tuvieron un éxito completo. Ben-Salah fué preso, y el día 14 de julio comparció ante la audiencia de Argel.

El defensor negó su culpabilidad sobre los celos. Supuso que el día antes al del crimen había sorprendido entre su suegra y su esposa, una conversación de la cual resultaba que Fathma tenía un amante; que entonces había tomado la resolución, no de matar á la desgraciada, sino de castigarla con severidad, de darle una lección de que se acordara siempre.

Fathma que estaba presente en el tribunal, negó enérgicamente

las acusaciones de su marido. La jóven árabe conmovió profundamente el auditorio, contando los hechos cuyo extracto hemos espuesto, y un murmullo de dolor se dejó oír por toda la asamblea cuando aquella infeliz, levantando por algunas partes el *albornoz* que la cubría y desatazando los puñuelos con que sujetaba las heridas de su cabeza y cuello, presentó las terribles cicatrices que surcaban en todos sentidos sus manos, brazos y cabeza, y cuyo número era de diez y ocho. Un grito unsono de horror salió de todos los circunstantes cuando Fathma enseñó la última herida, que llegaba desde el estremo de la oreja derecha hasta debajo de la barba.

La culpabilidad de Abd-el-Kader-Ben-Salah era demasiado evidente para admitir largos debates. Fué declarado unánimemente culpable de haber intentado matar á su muger, aunque sin premeditacion; pero gracias á la adopcion de circunstancias atenantes, solo se le condenó á la pena de veinte años de trabajos forzados.

Por lo demás, el acusado oyó pronunciar su sentencia sin la menor alteracion: indiferencia que, en vista de tan terribles acontecimientos, marca al sucesor uno de los rasgos característicos de la raza oriental.

LA PROTECCION DE UN SASTRE,

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

—Pues señor, dijo Rafael, mucho siento tener que recordar tiempos mejores, ¡pero qué diablo! yo tengo la culpa de todo, y bien merezco no tenerme lástima á mí mismo. ¡Pobre Luisa! Por ti sola estoy afligido, te he envuelto en mi desgracia.

—No, Rafael, no, si yo no hubiera querido seguirte no lo hubiera hecho, no estás triste por mí, yo te quiero lo mismo ahora que antes, ¡ingrato! ¿Crees que puedo yo culparte de nada? ¿No crees en mi cariño que te disculpa de todo?

—Luisa ma, yo...

—A un lado todo eso, señoritas, créame VV., si empieza VV. á echarse culpas y descargarse de culpas, de palabra en palabra se enternecerán VV. y empezarán á llorar y hacer otras locerías.

Habia en estas palabras, bruzcas al parecer, cierto estilo tándoroso y paternal, que aunque los lectores lo tomen á broma, suavizó un poco la situacion de Rafael y de Luisa. Lufundióles el buen viejo cierto

energía, que les hizo suspender el fierísimo diálogo, que sin duda ninguna empezaba así, para concluir en lo que él llamaba llorar y hacer otras tonterías.

—Con que venimos, Rafaelito, á nuestro cuento.

—Nosotros, señor D. Ramon, somos de un pueblo de Andalucía: nuestro padre era de Asturias, y habiendo sido militar en la guerra de la Independencia, cayó prisionero, y despues de haber estado en Francia algunos años, volvió casado con una francesa noble y rica, á recoger la herencia de su padre cuando éste murió: su madre había muerto hacía ya mucho tiempo y no tenía en su país ningún pariente. Redujo á dinero todos sus bienes y volvióse con su mujer á Francia, donde estuvo hasta que murieron nuestros abuelos maternos; y muerto tambien un hijo que allí había tenido, disgustóse del país, y como mi madre no tenía allí mas que parientes lejanos, se volvió con ella á España y se estableció en Andalucía, en un pueblo no muy grande, pero colocado en una deliciósísima posición. Allí nacimos nosotros y allí hemos vivido hasta hace muy poco tiempo. Mi padre, que había sido militar, mas que por afición á esta carrera por la honrosa obligación de defender su patria, en vez de entretenerse ahora en la caza y otros ejercicios semejantes, que son el recurso de los militares viejos, se dedicaba en el retiro del pueblo en que vivíamos, al estudio de las ciencias físicas. Tenía una medianá biblioteca y un buen provisto gabinete de historia natural. Mi madre era una angelical mujer, que debía haber sido en su juventud muy bonita, y que conservaba aun cierta belleza delicada. Había recibido una esmeradísima educación, y las distracciones que la música y la pintura la proporcionaban, unidas al mucho amor que á mi padre y á nosotros nos tenía, la compensaban del aislamiento en que pasaba su vida.

Y he dicho aislamiento, porque efectivamente aislados vivíamos en el pueblo. Mi padre, aunque tenía un carácter bastante dulce en su casa, no le tenía sino muy agrio para todas las personas del pueblo, que le incomodaban, como él decía, con sus sandeces y groserías. Mi madre, como estaba á todas las sustumbres del país, no encontraba tampoco diversion en lo que allí la gente se divertía; que era en reunirse en sociedad por las noches; pero como esta sociedad no tenía nada de amable, y era muy diferente de la en que mi madre se había criado, no la sirvió sino para fastidiarla los primeros días, y para criticarla cuando despues, aburrída de ella, la abandonó. No le echórá á V. despues de esto, que mi familia fuera poco menos que aborrecida en el pueblo, por orgullosa, intratable y oscura.

No se les daba de esto ningun cuidado á mis padres, que pasaban su vida dulcemente entretenidos, educándonos á mi hermana y á mi.

Mi padre dejó que mi madre educara á Luisa como mejor quisiera, y él se encargó de educarme á su modo. Me hizo estudiar una porción de cosas, y yo aunque holgazán, era sin duda el muchacho mejor educado que habitó en muchas leguas á la redonda. Mi hermana al lado de mi madre, de día en día adelantaba prodigiosamente en todo lo que puede adornar y embellecer á una mujer. Tendría yo unos diez y seis ó diez y siete años, cuando mi padre tuvo que hacer un viaje á París y me llevó consigo. El tiempo que duró este viaje ha sido el mas feliz de toda mi vida, porque mi padre, condescendiente conmigo, me daba bastante libertad para que yo, como él decía, fuera conociendo el mundo. Yo no dejé de apropiarme y de hacer por mi parte todo lo posible para conocerle. Mi padre me decía que yo tenía un gran defecto, que era la irreflexion; yo creo que no se equivocaba. Volvíamos al fin de nuestro viaje. Yo no podía acostumbrarme á mi primera vida, y estaba disgustado de todo, hasta el punto de que muchas veces se me pasó por la imaginacion el suicidio.

Yo hubiera querido mejor escaparme de casa y marcharme á cualquiera parte; pero á esto se oponía mas que el amor, la compasion que yo tenía á mi padre, que estaba tristísimo, porque de resultas del negocio que le había llevado á París, había perdido una enorme suma de dinero. En este estado estaba yo cuando murió mi madre. La tristeza que me causó su muerte, me hizo olvidar mis inquietos deseos.

Vivimos así tristemente una porción de tiempo, hasta que á esta tristeza vino á unirse otra de otro género, pero grande tambien. Un día que volvíamos á nuestra casa, despues de haber pasado dos en el campo, hallamos la puerta cerrada; en vano nos cansamos en llamar, no había nadie dentro: por fin se descorrió la puerta y entramos. Los criados habían desaparecido: corrí mi padre al momento á su cuarto, y halló abierta una puertecilla imperceptible que en un flaque había.

—¿Os han robado la vida, pobres hijos míos! exclamó, abrazándonos convisivamente. No quiero acordarme de lo que entonces padeció mi padre. Nuestros olvidados por él todo lo demás, y si la logramos que no le matare el dolor que por nosotros sentía.

Mientras contaba esto Rafael, brillaban sus ojos humedecidos por dos lágrimas que el recuerdo de su padre le arrancaba, y lloraba Luisa en silencio, con ese llanto que hilo saca de nuestro corazón los recuerdos de amor y de ternura. D. Ramon no lloraba porque no le presentaba con viveza su imaginacion al padre infeliz que ve muerta

la esperanza de sus hijos; pero estaba todo lo enternecido que podía estar, y componiendo su cigarro con un increíble esmero, se hacia el distraído sin atreverse á mirar á los dos hermanos. Hubo un momento de silencio, y prosiguió Rafael:

—Un criado antiguo de mi padre, que le había servido lo menos veinte años, y que tenía mas de sesenta, había el secreto paraje donde tenía mi padre todo su dinero; este fue el que haciendo cómplice á sus hijos á todos los demás criados, nos robó y huyó con ellos adonde hasta ahora nadie los ha hallado. Mi padre, ya no sé por qué, tenía el capricho de que el mejor caudal es el que consiste en dinero contante: todo el suyo estaba encerrado en una arca de hierro que venía sufficientemente guardada, porque no era avaro, en un nicho sigilamente cerrado, y cuya puerta estaba blanqueada como lo restante de la pared. Yo no sé cómo sabía este secreto el infame viejo, que para decir verdad, quitada esta faltilia, no había cometido otra mientras había estado en casa, distinguiéndose por el amor que nos tenía y por su religiosa fidelidad.

—Téntale el diablo sin duda, dijo D. Ramon.

—Podía haberle desentado Dios, prosiguió Rafael, y á todos nos hubiera venido bien; pero no sucedió así, sino que consistió que pasara á manos de un viejo, para condenarse, la fortuna de dos jóvenes, que acaso por ser pobres se condenarán tambien.

Reflexion es esta que no podemos dejar pasar de ninguna manera sin censura. ¿Quién eres tú, miserable hombre, para meterse en cuentas con el Hacedor? ¿Sabes tú acaso lo que le conviene? Te has olvidado de que no hay mal que por bien no venga?

Algunos hay que dicen que con la misma razon puede asegurarse que tampoco hay bien que no venga por mal. Si esto fuera verdad, el mal, padre del bien, sería abuelo del mal, y bisabuelo de otro bien y tatarabuelo de otro mal, y así sucesivamente; de lo que resultaría que no habría ni bien ni mal estables y duraderos. No va esto muy descaminado de lo que en la vida se observa. ¿Pero entonces no hay bien absoluto, no hay felicidad? Pues ya se ve que no la hay, y cuando es verdad que no nos vendría mal, á nosotros peregrinos que peregrinamos en romería, por este, al otro mundo, á hacer el viaje alegremente y con gozo, ó no hacerte sin embargo. ¿qué sabemos nosotros de eso?

Paciencia y barajar, que no se hizo Zamora en una hora. ¿Pues qué no hay mas que irnos al cielo, los que á él estamos destinados, sin haber hecho nada para ganarle? Quien quiera truchas que se moje las bragas. Y perdonésemos el mal tono del retrazo, en atencion á que aquí encaja como de molde.

Y en cuanto á vosotros, los que os hayaís de condenar ¿de que os quejais? Sabed, pobres tontos, que estos males de acá son tortas y pan pintado, comparados con los que habéis de padecer en el infierno, y que el mas agudo dolor, aunque sea deuelas, que padeceréis aquí, la habéis de llorar allí con ternura, como un placer pasado, hasta en los momentos que en el infierno están destinados al rigor y esmeroso entretenimiento de las almas. Y así, ni los que nos salvamos ni los que os condenáis, podemos ni debemos quejarnos de este mundo, y si alguno se queja, será un bruto bestiarado ó incapaz del premio don del nacimiento, porque sino, á poca lógica que tuviera daría con estas razones, y... y al fin, daría con estas razones y con otras, y probaría que era un hombre hecho y derecho, con su alma correspondiente para pensar.

Pero volvamos á Rafael, que seguía diciendo:—Desde este miserable día no volvíamos á tener uno solo bueno. Mi padre yo no sé si se hizo mas áspero de carácter, ó si á mi lado me lo parecía; porque desde entonces empezó á hablarme todos los días acerca de la necesidad en que estaba de dedicarme á algún. Como hasta entonces no había estado en mis cuentas la de que algún día tendría que trabajar para sobrevivirme, no era de esto de lo que con mas gusto hablaba con mi padre, que se desesperaba al ver mis pocos ánimos y se echaba á sí mismo la culpa de no haberme destinado á ninguna carrera fija. Al fin, ayudado por sus consejos, y mas que por nada por la critica posición en que nos hallábamos, porque ya estábamos manteniéndonos con el dinero á que se habían reducido todos los muebles de lujo y alhajas que en mi casa había, hubiera yo sin duda ninguna dedicadome á trabajar; pero se está saxon mi padre cayó enfermo. Durante la enfermedad, que fué larga y peligrosa, no se pensó en nada sino en su vida. Cuando se levantó de la cama, donde había padecido tanto moral como físicamente, estaba mi pobre padre completamente enajenado, y había caído en un estado de imbecilidad en que ni tenía memoria ni aun conciencia de vida.

Luisa lloraba ahogando los suspiros dentro de su pecho, Rafael procuraba separar los ojos de ella, y hablaba con cierta reserva, queriéndose hacer superior á la amargura de sus recuerdos.

—En esta situación, prosiguió, pasó una porción de tiempo, en el cual, como mi padre estaba reducido al estado de un niño, fui yo el jefe de la familia. Cada día pensaba mil veces en tomar una resolución, y ver el modo de asegurar nuestra vida; pero á decir verdad, nunca lo pensé seriamente, porque nunca, por mas que he querido, he

pensado seriamente en nada, ni he podido concebir cómo el porvenir puede librarse en el presente. Así pues, día tras día se pasaron todos los que me podían haber servido para arreglar mi vida. A este tiempo ya se había vendido la casa en que vivíamos.

Desde que yo estaba á la cabeza de la casa se había gastado un dineral; porque, en la parte económica, no se ha conocido un padre de familias peor que yo: en limosnas solo he gastado un ojo de la cara. Yo creo que las leyes dicen algo de curador, ó cosa así, para los hijos de un padre demente, menores de edad; pero el juez de primera instancia era enemigo de mi padre y no se había acordado de tal cosa. Yo me alegro de esto todavía, aunque acaso debiera sentirlo; porque aborrezco de muerte todas las leyes escritas, y necesito de toda mi lé para no aborrecer también las reveladas.

(Continuaré.)

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAEZ.

UN RETRATO PARECIDO.

Cuando un inglés no es cartista, ni *republicano*, ni whig, ni tory, ha de ser cualquiera otra cosa, y generalmente, para ocuparse en algo y evitar la mortificación que llaman *spliten*, adopta la profesión de *discolo*.

A este género de entes pertenece sir William Brown, caballero rico, pero muy feo, que pasa dulcemente su vida renegando de cuanto existe en el mundo. El día que Mr. Brown se vió obligado á admirar ó elogiar cualquiera cosa, aunque fuese una de las siete maravillas, es seguro que se pegaría un tiro ó moriría de desesperación; y á tal extremo llega su furor de *despreciamiento*, que ha elegido por esposa una mujer fea, de carácter áspero y de una condición baja, únicamente con el objeto de estar siempre en contradicción con su familia, y poder echar en cara á su costilla todas sus imperfecciones físicas y morales.

Este delicado tipo del inglés impertinente ha hecho comparecer ante el juez de uno de los tribunales correccionales de Londres, á un joven pintor llamado Mr. Francis Cornhill, que goza de alguna reputación; pero ni aun delante del magistrado quiso renunciar Mr. Brown á su costumbre de contrariar, y á pesar de que se le invitó mil veces á que espusiese los hechos que habían motivado su queja, se negó redondamente, por lo mismo que se le exigía; por último, el pintor tomó la palabra y se expresó en estos términos:

—Mr. Brown me había mandado hacer su retrato, y como, según de-

cia, quería que la semejanza fuese exacta, le dije que necesitaba tener el original delante diez veces, dos horas cada vez. No me es posible decir lo que he sufrido en estas diez veces.

Sir W. Brown. ¿Y qué, amigo, le parece á V. que estaba yo tan divertido en su abominable cuartucho?

Cornhill. ¡Lo oyen Vds., señores! Así es como habla del estudio de un artista. Los colores de mi paleta le parecían malos, la tela pésima; la luz decía que era horrida...

Sir W. Brown. Y es verdad; la luz de su cuarto de V. es tan mala que en diez días no he visto el sol.

Cornhill. Era en el mes de marzo, y todo el mundo sabe que en esa época del año no se ve el sol en Londres.

Sir W. Brown. Eso no importa; los pintores deben tener siempre sol... A mí me gusta...

Cornhill. Si me lo hubiera V. dicho, le hubiera mandado á hacer uno. (Risus.) Sufrí las penas del purgatorio para contenerme: cada vez que oía á este hombre rebajar la dignidad del arte. No fué así, decía para mí, como se trató á un Rafael, á un Miguel Angel. Los mismos reyes se inclinaban ante el genio; Carlos V se tuvo por feliz cuando lo retrató el Ticiano; y yo, desgraciado de mí, tengo que sufrir las majaderías de este hombre!... De suerte, que cuando llegó el último día, bendije mil veces al cielo porque me iba á ver libre de amargaras... pero Sir W. Brown estuvo por lo mismo mas impertinente que nunca...

Sir W. Brown. Impertinente!... porque entiendo de pintura...

Cornhill. Después que dí las últimas pinceladas, le pedí su parecer.

Sir W. Brown. Y dije que el retrato era detestable.

Cornhill. Pero, hágame Vd. el favor de decir en qué.

Sir W. Brown. En todo... ¡Cómo había yo de dar veinte guineas por aquella chapuceria!... ¡Bnd!... por cuatro chelines hubiera podido tener un daguerrotipo... Ahí, ahí tiene V. una invención magnífica.

El Juez. Pero en fin, ¿qué defecto le pone V. al retrato que ha hecho el señor?

W. Brown. Que no se parece á mí!

Cornhill. En efecto, tantas veces me repitió esto mismo, que á o pudiendo ya contener mi cólera, cogí el cuadro y le metí el lienzo por la cabeza, diciéndole al mismo tiempo:

«¡Ahora se parecerá V. mas!» Y así sucedió, porque la cabeza de sir W. Brown atravesó el lienzo y reemplazó de una manera muy fea la que yo había pintado antes haciéndole favor. (Risus.)

El juez no encontró en todo esto motivo para castigo, y así ab-



solvió al pintor y mandó á Sir W. Brown que le pagase la mitad del precio que había estipulado por el retrato.

Sir W. Brown. ¡Buena! puesto que se me condena, yo me vengaré y resarciré mis diez guineas á puntelazos.

El Juez (con severidad). Tenga V. entendido que le prohibimos toda clase de injurias ó vlt de hecho contra el señor Cornhill.

Sir W. Brown (retirándose con calma). Entiendo... en cuanto salga le sacudo el polvo.

LA CRUZ DE PIEDRA,

leyenda de la edad media.

(Conclusion.)

Quizá se alivien tus penas,
Esforzado campeón,
Que ya en luz tinter apenas

Se divisan las almenas
De la gótica mansion.
Sin duda piensas ¡ay triste!
Que va á calmarse tu afán:
La flor que galana viste,
Pobre doncel, ya no existe,
Que la tronchó el huracán.
Entra y con planta segura
Cruza altivo su dintel;
Y que admiren tu bravura
Al cruzar de tu armadura
Al trotar de tu corcel.

IV.

En retirado aposento
Que ornar el orgullo quiso
De escudos, de armas y timbres,
Cabizbajo y pensativo
El buen conde se pasea;
Y en aquel triste recinto,
Que débil lámpara alumbraba,
Tan solo se escucha el ruido
Que alzando van sus pisadas.
Ya en tierra los ojos fijos,
Inmóvil un tiempo queda
Cual si un recuerdo aflictivo
Brotado hubiera en su mente:
Ya cruza despavorido
A grandes pasos la estancia,
Cual si un fantasma enemigo
En torno de él se meciera.
Ya lanza agudos suspiros
Del corazón arrancados:
Sin duda que hondo martirio
Le está desgarrando el alma.
Súbito, sordo bullicio
Cerca de la estancia suena,
Y á la puerta de improviso
Presuroso se presenta
El paje mas favorito
De cuantos el conde tiene.
—¿Que sucede, voto á bríos?
—Señor, responde, un guerrero
Que há poco llegó al castillo,
A viva fuerza pretende
Penetrar hasta este sitio.
Dice que es noble.

—Eso basta.

Díle que entre, y está listo
Por si acaso.

—Esta bien.

—Véte.—

Y á poco con aire altivo
Entró cubierto de acero,
El paladin atrevido.
—Dios guarde al conde.

—Y á vos.

Caballero, si es que asilo
Buseais en esta morada,
Sabed sois en mis dominios
Arbitro y dueño de todo;
Que soy noble y nunca olvido
Lo que á otro noble se debe.

—(Ap.) No me conoce.

—El camino

Fatiga mucho, sentaos.
—Graeias.

—(Ap.) Esa voz ¡Dios mio!

Y ¡no me es dado saber
Cómo se llama el amigo,
Que viene así y encubierto
A honrar mi pobre retiro?
—¿Y mi voz, no os lo revela?
—No es posible.

—Por lo visto

Me desconocéis: ¿y ahora? (Alzándose la visera.)
Miradme.

—¡Ricardo!

—El mismo,

El que fué vuestro pechero:

Erraron el golpe, aun vivo.
¿Por qué escogisteis, buen conde,
Tan cobardes asesinos?
Pensabais sin duda alguna,
Que aun en las armas novicio,
Al filo de sus puñales
Doblará la sien sumiso.
Dios robusteció mi brazo,
Huyeron; y yo tranquilo
Abandoné vuestras tierras
Seis años há.

—Yo deliro!

—Fui á la guerra; en las lides
Nunca desmayó mi brio;
Que cual le cumple á un guerrero
Contra el moro he combatido.
Cien batallas me miraron
Frente á frente del peligro,
Y á mi rey salvé la vida
En el suelo granadino.
Renombre alcancé; el monarca,
En premio de mis servicios,
Alzó mi frente del polvo
Y noble y feliz me hizo.
Ya, conde, somos iguales,
Ya solo ánte el rey me humillo.
Cumplí mi promesa: ahora
Cumplid la vuestra, lo exijo.
¿Dó está Leonor?

—(Ap.) ¡Qué tormento!

Nada sabe.

—Si es preciso

Sabré arrancarla en mis brazos
De esta mansion.

—No vacilo

En cumplir mi juramento.
Al pié de la cruz...

—¿Que oigo!

¿Me aguarda allí? ¡que ventura!
¿Como pagar su cariño?
Tanto amor: ¡oh! voy á verla
Y arrojarme en mi delirio
A sus piés.

—Pero, Ricardo,

Quizá ignorais...

—Os suplico

Que no acibareis mi dicha.
Conde, volveré á pedirós
La bendicion; hasta luego.—
Y el jóven de gozo henchido
La estancia al punto abandona,
Mientras con rostro sombrío,
—Yo la maté, esclama el conde.
¡Maldito orgullo, maldito!

V.

Dormida entre rosas descansa natura
Cual cándida virgen que inclina la sien;
Las auras se aduermen allá en la espesura
Y el sueño á las aves arrulla tambien.

Las flores derraman mas puro su aroma
Y rasga la noche su negro capuz,
Que tibia la luna ya plácida asoma
De estrellas seguida, radiante de luz.

¿Quién rápido cruza la vasta alameda
Que ostenta el castillo, tendida á sus piés.
Cual pálida sombra, fantasma que rueda,
Aborto del miedo, del aire al través?

La arena no toca su potro arrogante
Que nubes de polvo levanta en redor;
El es, es Ricardo, que corre anhelante
En pos de su amada, su fiel Leonor,

Ya late su pecho, que se alza vecina
La cruz do le aguardan ventura y placer;
Mas súbito encanto, vision repentina
Deslumbra sus ojos, embarga su ser,
Y ciega su vista la luz que á torrentes
En torno ilumina risueño jardin,
Do trinan las aves y corren las fuentes
Formando espumosas cascadas sin fin.

Allí está la adelfa, la púdica rosa,
La blanca azucena y el rojo clavel;
Allí se levanta la acacia olorosa
Y extiende sus ramas el noble laurel.
Y flotan en torno, hesando su frente,
Balsámicas auras que embriagan de amor:
Do quier la natura se muestra riente
Tendiendo su manto de gala y verdor,
Celeste armonía los aires poblando
El alma adormece y alegre el pensil;
Y rápidas cruzan veloces girando
Mil vírgenes bellas, de talle gentil.

Y el mágico cuadro que en goces fecundo,
Ante él se despliega, estático ve:
Sin duda imagina que lejos del mundo,
De Dios la morada ya buella su pié.

Radiante de hechizos, cubierta de flores,
Prendido á los hombros nevado cendal,
Cual ángel que vela los castos amores,
Ricardo divisa muger celestial.

Es ella, su esposa, que cándido lirio
Amante le aguarda al pié de la cruz.
—¡Leonor!—grita al punto—¡Leonor, mi delirio!—
Y á aquel mar se lanza de vértigo y luz.

Y á sus plantas
anhelante,
fiel amante
se arrojó.
Y su amada
contra el seno,
de amor lleno,
le estrechó.

—¡Qué ventura,
ella le dice:
soy felice,
mi doncel!

Que há seis años
que te aguardo,
mi Ricardo,
siempre fiel.
Desvalida,
sin consuelos
á los cielos
me subí.

Que tu muerte
me contaron;
me engañaron
¡ay de mí!
Dios no quiso
que en el mundo,
tan fecundo
en falsedad,
nuestra dicha
se cumpliera,
que allí impera
la maldad.

Aquí puro
el aire vaga,
y embriaga
y da solaz:
aquí eterna
goza el alma
blanda calma,
dulce paz.

Ya nos prende
dulce lazo,
su regazo
nos da amor.
Ven, gocemos,
mi consuelo,
de este cielo
encantador.—

Y frenética
á la danza
se abalanza
con afán,
do mil sílfides
esheltas,
raudas vueltas

dando van.
Y allí crúzanse,
se estrellan,
se atropellan
sin cesar.
Y es un vértigo
anhelante,
incesante
delirar.

VI.

Huyó la noche; la risueña aurora
Tiende su manto de rojizo tul;
La cruz de piedra con sus rayos dora
El sol que trepa á la region azul.
Vida recobra la natura muerta
Que se empapa en rocío bienhechor;
Y atónito Ricardo se despierta
Asustado al mirar tanto esplendor.

Aun en su oído la algazara zumba,
Aun se mece en los brazos de su bien,
Cuando divisa al pié modesta tumba
Do adormecido reclinó la sien.

La vista en torno cual demente gira,
Y saltársele siente el corazón:
Que: *Aquí yace Leonor*, escrito mira,
Que todo ensueño fué, mera ilusión.

Gruesas lágrimas surcan sus mejillas,
Mil recuerdos le asaltan en tropel,
Y ante su Dios cayendo de rodillas:
—¡Llevadme á mí también!—gritó el doncel.

CONCLUSION.

Unos dicen que allí mismo,
Cual en premio de su fé,
Dios le concedió la muerte
Y el alma subió al Eden.
Otros quieren que viviera
De un desierto en la aridez,
Trocando por un cilicio
De este mundo el oropel.
Quién acierta ó quién se engaña,
A femia no lo sé;
Que estoy harto de cronistas
Y es ya mucha pesadez
Tantos lances y sucesos
Estampar en el papel.
¿Y el buen conde lo olvidaba.
Dicen que en larga vejez
Vió pasar años tras años
Llenos de luto, de hiel.

RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN.

La luz de mi amor.

¿Por qué triste me miras,
dulcísima paloma,
y lánguida suspiras?
¿Por qué á tus ojos trasparente asoma
esa lágrima pura,
de tu pesar indicio y tu ternura?
¿Causa tu pena mi dolor profundo?
pues oye, vida mía;
¿Quieres trocar mi duelo en alegría?
No llores, no, por mí; plácida rie:
pues si en mi pecho mismo de agonía,
tu sonrisa hechicera,
luz de mi amor, yo viera,
presumo que á la vida tornaría.

FRANCISCO J. ORELLANA.

SOLUCION DEL JEROGLIFFICO PUBLICADO EN EL NÚM. 9.

El amor de la gloria hace las grandes fortunas entre los pueblos.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION,
á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo, 26.